LOS NEOLOGISMOS Y AMERICANISMOS DE RICARDO PALMA*

Enrique Carrión Ordoñez

“A las siete de la noche del día 12 de Setiembre de 1892 pisé tierra española”. Comienzan con estas palabras los *Recuerdos de España* que publicó Don Ricardo Palma tres años después. “Hay que confesar que, en España, se disfruta de más libertad política que en el resto de Europa, y que en muchas de nuestras Repúblicas [...] y sólo así pude explicarme que, en la capital misma de la monarquía, en las elecciones para las Cortes de 1893, hubieran tenido los republicanos triunfo completo sobre los candidatos del gobierno” (85). Es tan atractivo el estilo de este libro de viajes que, de cita en cita, terminaríamos entresacándolo hasta el final de esta charla. Un tono directo, vivaz, claro, a la vez culto y cordial, hasta el punto de endilgar la limeñada *chupinjaus*, ‘taberna’ cómicamente embozada bajo una capa fonética inglesa. Por la pavimento impreso caminan del brazo algunos latinismos sobrevivientes de las mocedades carolinas (*calamo concurrente*, *pater familias*, fraternizando con la expresión castiza, acuña-

* Versión de una Conferencia en la Casa Museo Ricardo Palma, en setiembre de 1991.

da en el día madrileño, —día de anteayer (*carlistón, encanallarse*). Salen al paso viandantes extranjeros, préstamos que se han vuelto indispensables (*menú, confort*). La opinión vulgar incitada por alguna caricatura malignamente envidiosa nos presenta un Ricardo Palma adorador arqueológico del idioma envejecido. No hay tal, sino al contrario. Palma acude a cualquier agua para refrescar sus descripciones y coloquios. Los *Recuerdos de España* aparecidos en Buenos Aires el año 1897 y nuevamente en Lima, ahora en la imprenta de La Industria el año de 1899, mantienen fresca la palabra volandera y plástica. Pero el que siga leyendo fácilmente advertirá claras huellas de la frustración por el fracaso de su escaramuza lexicográfica. El folleto llamado *Neologismos y americanismos*, impreso en 1896 y repetido dos veces más, junto con las dos antedichas ediciones de los *Recuerdos*, contiene las papeletas que llevaba consigo a la Península con el objeto de proponer su admisión al diccionario oficial. Hay otras referencias al asunto en su vivaz correspondencia, en las actas de la Academia Española y en distintos documentos y reflexiones posteriores, especialmente cuando vuelve a la carga unos años después al publicar sus *Papeletas lexicográficas* (1904). Hemos estado estudiando el proceso. Como resultado tenemos algunas novedades.

Por lo pronto, nadie había reparado en la diferencia de material que se encuentra en las ediciones de las *Papeletas*. Ha venido pensándose que las sucesivas ediciones contenían la misma lista de palabras. Hemos encontrado sin embargo diferencias en el número y en la redacción de los artículos.

Otro dato interesante: hemos localizado un manuscrito datado a comienzos del nuevo siglo en el que Palma seguía notando las palabras que encontraba al parecer en sus lecturas o en la conversación y que estaban ausentes del repertorio normativo. Es el bosquejo o borrador del las *Papeletas* de 1904 y se mantuvo en manos de la familia hasta que, con una importante colección de papeles y libros, pasó a constituir el llamado Museo Palma fondo específico de nuestra Biblioteca

Nacional, imperfectamente conocido por los estudiosos. Podemos observar sus vacilaciones y tachaduras, sus tanteos y humoradas de este cuaderno tan valioso. Pero hay otra cuestión ¿Acaso a Palma se le ocurrió comenzar su tarea lexicográfica a propósito de la inminente celebración del Cuarto Centenario? No: pienso que el regusto por las palabras era muy anterior y quizás tan viejo como su vocación literaria.

La frontera entre el tratamiento académico y el estético era imperceptible en Palma y en muchos hombres de su tiempo. Arona había impreso poco antes un *Diccionario de Peruanismos* que me he permitido clasificar como obra literaria, aunque no falten en esta obra comenzada desde 1860 apreciable información y criterios compatibles con la ciencia de entonces —y de ahora.

Eso ocurre con nuestro celebrado escritor. Es fácil verlo transformar en oro narrativo el ripio de la lengua común. Hay tradiciones que tienen por centro una palabra o un giro. Es tratamiento de folclorista, de goloso amante de antigüedades, en un siglo romántico en que la historicidad se ha convertido en una nueva y radical condición de la vida humana. No falta crítico para quien el verdadero personaje de las *Tradiciones* sea la lengua. La tarea lexicográfica no le era una propensión desencajada del quehacer artístico: es una consecuencia lógica del mismo impulso que lo lleva a narrar: es otra cara de su vocación literaria. De ahí la incomparable gracia de lo que aparece como simple lista de palabras; de ahí, al mismo tiempo, las limitaciones de la compilación si aplicamos a Palma el enjuiciamiento propio de nuestro actual criterio científico.

Pero oigámoslo contar —que en ello es maestro— la motivación eficiente:

“Propósito muy hispanófilo fue pues el que me animó cuando en las juntas académicas a que concurrí empecé proponiendo una docena de vocablos de general uso en América”.

Veía el gran literato que se admitían sin dificultad los términos típicos del Perú, los indigenismos y los vocablos referentes a realidades peculiares. Pero en cuanto aparecieron las papeletas de *presupuestar*, *dictaminar*, *clausurar* comenzaron las objeciones. Tenemos actas de esas sesiones, publicadas en el *BAPL* por cortés envío de la Real Academia Española. Advirtiéndolo Palma, de pronto retiró formalmente la propuesta con aquellos centenares de papeletas que llevó en cartera de viaje. La directiva no esperaba una reacción tan dolid; fueron académicos amigos a disuadirlo, rogándole tomara las negativas como alternativa en una discusión libre y vivaz, pero nada desdeñosa ni grosera. Todo induce a creer que, para la suspicacia de D. Ricardo, los americanos podíamos aspirar solamente a que nos reconocieran novedades pintorescas de nuestra lengua popular, pero que estimaban intolerable que los académicos correspondientes del Nuevo Mundo vinieran a incrementar el diccionario castellano con voces de la vida intelectual, cultural y política, actividades reservadas a la clase dirigente de la Península. Palma comentaría el incidente, resentido como si fuera víctima de una odiosa discriminación colonialista, no sólo en repetidos pasajes de sus *Recuerdos de España* y en los preliminares del folleto de NyA, sino que siguió aludiendo a este contratiempo en diversas cartas a corresponsales de ambos mundos y en alusiones regadas en distintos escritos. Al publicar los RE se complace en marcar algunas voces, resaltadas en cursiva, que faltan en el *DRAE* y fueron recogidas en la colección de propuestas.

PROPUESTA DE INVESTIGACIÓN

Es justificable —pensamos— establecer cuántas y cuáles fueron las voces que irían encontrando lugar en el diccionario normativo, cuándo ingresaron a él, y qué tanto coincide la definición oficial con la propuesta. No menos interesante sería establecer la lista de las voces que ni entonces ni ahora hallaron acogida, y explicar las causas de esa ausencia. A

todo ello sería conveniente adjuntar una provisión de citas que atestigüen en los escritos del propio Palma y de sus contemporáneos o predecesores el empleo de las voces propuestas, hayan sido o no admitidas oficialmente.

Será adicionalmente una lección de prudencia lexicográfica, porque el índice de frecuencia en el uso actual no es garantía de supervivencia en las siguientes generaciones. Ha de contemplarse una lexicografía de "urgencia", con frecuencia efímera; otra es la mirada académica, reposada en el tiempo.